

consagración y de la elevación; su silencio de tempestad que se acerca!

Cuando León XIII separa los pies del altar para inclinarse apoyado de codos sobre él, y arrojar el aliento de las palabras omnipotentes sobre la cándida substancia que va á aniquilarse; cuando, después de realizado el portentoso, más grande que el de la creación del mundo, cae el Papa de rodillas, sosteniendo en sus manos la nueva substancia divina; cuando, por fin, el viejo augusto, como haciendo un supremo esfuerzo, eleva lentamente la hostia blanca que tiembla entre sus dedos pálidos, y la sigue con los ojos en el aire, inclinándose hacia atrás la cabeza cana, y cae de nuevo de rodillas, apoyando la frente en el altar como aniquilado por el peso de la víctima divina caída entre sus manos, entonces parece que el silencio se concentra en el aire y se hunde en las almas. La voz de la campanilla, que ha sonado tres veces, se apaga, dejando ecos de paraíso perdido; se perciben los ruidos más débiles. Yo oí algunos sollozos, el sonido de la campanilla de la que se desgranaron de nuevo algunas gotas sonoras, el crujido de las ropas del Papa al arrodillarse... y, dentro de mí, las palabras del libro de Job, que resonaban: *descendieron los cielos, y Él bajó.*

¿Pero cómo hablar del sublime silencio sin turbarlo? Lee, pues, aquí lo que no está escrito, y así me entenderás.

El Papa abre los brazos hacia el pueblo, repitiendo el sereno saludo del Divino Maestro: *La paz sea con vosotros*, y difunde la paz; alza el brazo derecho algo tembloroso, mientras inclina un tanto la cabeza sobre el brazo que levanta, diciendo: *caiga la indulgencia y el perdón sobre vosotros*, y parece que aquel brazo trémulo derrama sobre el mundo el perdón y la indulgencia. Arrodillado, por fin, al pie del altar, reza clara y lentamente las tres *Ave Maria* que él mismo ha agregado á la misa universal, pidiendo á la Madre de Dios que venga en auxilio de la Iglesia hoy perseguida y atribulada; ruega é insiste; invoca al jefe de la milicia angélica, que un día arrojó al arcángel rebelde del cielo, pidiéndole que hoy lo arroje de la tierra y de las almas, en cuyo torno vaga como el lobo alrededor del aislado caserío, y su voz cobra nuevo fervor, nuevo y especial ritmo de súplica acongojada. Dios no puede menos de atender el clamor de ese anciano sacerdote; este no le pide su triunfo personal, porque ya se inclina al sepulcro, sino el de su Iglesia, el de sus hijos redimidos, esparcidos por el mundo.

Ya te lo he dicho: de todo eso casi no tengo idea precisa. Mi ser, hundido en sí mismo, adoraba á su Dios que circulaba en él como el calor y la vida; que fundía su sangre con la mía, dejando en mi cuerpo simiente de resurrección y de inmortalidad: mi acción de gracias se elevaba sin forma, como el incienso desde el áscua.

Después de la misa del Pontífice, uno de sus pre-

lados domésticos celebra otra que León XIII oye desde su reclinatorio, con la cabeza entre las manos.

Todos oyen en silencio esa misa, unidos al Papa. De vez en cuando, un suspiro hondo, que brota de entre los dedos de éste, le hace alzar los hombros que bajan después lentamente. Esos suspiros suenan como rugidos ahogados que repercuten en el cielo. Todos miran entonces hacia aquel reclinatorio; todos sienten que algo grande pasa allí. ¿Se queja á Dios aquel viejo del peso que ha puesto sobre sus flacas espaldas?

Terminada la misa de acción de gracias, recibe el Papa, sentado en su sillón, á las pocas personas que han sido invitadas á su misa. Un cardenal anuncia á los que van llegando.

Afable, sencillo é ingenuo, me tomó la mano que conservó entre las suyas, mientras permaneci arrodillado á su lado.

Me hablaba en francés con acento expresivo. Sus ojos verdes azulados, miran con intensidad de joven; y, como se abren en una cara de una palidez mate, semejante á la de un mármol de excavación con finas grietas azules, parece que están solos, desprendidos, como un desentono en una mancha tímida de color, y que concentran en sí toda la luz de aquella vida. Porque el color de la tez no excluye en el varonil anciano la fuerza de concentración de los músculos; no es su cara una cara impasible y fría: es viva, movediza, enérgica. Los músculos de la sien tienen un movimiento es-

pecial hacia los ojos que, por esa contracción, brillan más en lo hondo. Si no fuera irrespetuosa la palabra, yo diría que me había parecido ver algo de picaresca jovialidad en los puntitos de luz que se movían en la transparencia de los ojos de León XIII.

Su nariz fuerte, saliente, no es aguileña; pero da rasgos de águila al conjunto de la cara, y descansa firme sobre una boca grande y expresiva, muy italiana, muy elástica, que parece seguir en sus movimientos directamente la intensa vivacidad de los ojos.

El paño blanco de su sotana cae en pliegues amplios y duros desde la rodilla, como sostenido interiormente por una punta, como si allí dentro no hubiera más que un armazón vacío; no se siente el músculo, no hay allí más cuerpo que el indispensable para sostener y mantener, como una antorcha, la luz de la cabeza.

La cadena de oro de la cruz pectoral que cuelga de sus hombros, parece demasiado pesada para estos, al caer á lo largo del pecho.

Sus manos, de dedos largos, son también, como el rostro, pálidas y frías; cuando descansan sobre la sotana blanca, parecen las manos de un convalesciente. Al sentir su contacto prolongado en la mía, mientras sus penetrantes ojos azulados buscaban hacia abajo mi mirada con afable interés, yo experimentaba, francamente, un escalofrío que no se parecía á ningún otro. Ningún otro hombre puede producirlo.

Y sin embargo, es tal el movimiento de benevolencia y de interés con que León XIII se inclina hacia uno, para oírlo y estimularlo á hablar, que el profundo respeto que inspira su blanca persona se refunde en un sentimiento de filial confianza. Yo le hablé muy conmovido, pero con plena posesión de mí mismo, casi con locuacidad.

Recuerdo bien que la primera idea que me sugirió ese momento, fué el sentimiento de hallarme allí sin Vds., y así se lo dije al Papa.

¡ Cuánto siento, Santo Padre, el hallarme solo á vuestros pies; el no poder compartir con mi mujer y mis hijos la alegría de veros al fin; el no poder pedirlos todos juntos vuestra bendición!

¡ Oh! pero aquí estais vos, me dijo; aquí están, pues, todos ellos. Yo os bendigo á todos, todos, ¡ seguramente!

Comprendió entonces, sin que se lo indicara, que una cajita que yo llevaba en las manos, contenía objetos de culto para Vds., que reclamaban su bendición: tus rosarios, las medallitas recuerdo de la primera comunión de nuestros hijos, las memorias sagradas de los seres queridos que nos precedieron en la muerte, y otros objetos que yo habia adquirido con ese fin en Roma. Puso la mano sobre la cajita, como haciéndola propia para regalármela, destinándola á Vds., é infundiendo así con su intención en aquellos objetos, su bendición y su recuerdo. No tengas cuidado; de todos me he acordado, hasta de José Luis y de Antonio.

¿ Qué hablé, además de eso, con León XIII? Nues-

tra patria, sus destinos, su felicidad en la fe y por la fe, fueron el tema de nuestra conversación. Oh, me decia, esa es la felicidad única de los pueblos; pero es necesario merecerla; es preciso trabajar en defensa de la Religión, perseguida por tantos enemigos! Pero yo no te podré decir todo lo que hablé con el Papa; no lo pretendo tampoco. Yo no iba allí á conferenciar, ni mucho menos; iba sólo á gozar de la alegría de ver de cerca á León XIII, de oír de cerca el timbre de su voz articulada. Recuerdo, sin embargo, su sonrisa, cuando advirtió el empeño con que yo quise fijar su atención y atraer su memoria y su bendición sobre nuestra tierra, nuestro Uruguay, *situado en la margen izquierda del Plata*. El Papa hablaba de nuestra América española; estaba bien, muy bien; él es el padre. Pero yo era uno de los hijos y no el otro; yo queria, á todo trance, que él hablara de nuestro Uruguay especialmente; no queria ver á este confundido con nadie en ese momento del Papa, que era un momento exclusivamente mio.

Oh, si, si, no lo confundo, me dijo, adivinando mi candoroso empeño y sonriendo.

Llegue, pues, á la patria ausente ese recuerdo y esa bendición de León XIII, y llegue también á Vds., á ti, á nuestros hijos, como el mejor recuerdo que puedo enviarles de mi viaje.

Sali del Vaticano, y encontré pequeño el mundo real. El sol, sin embargo, bañaba la plaza de San

Pedro y la columnata de Bernini. El contacto con Dios y con el Papa, parecía que había hecho nacer en mi espíritu la necesidad de algo más grande que el mundo.

¿Dónde encontrarlo dentro de lo material?

¡ Hay tantos sitios para ello en Roma!

Frente á mi se ofrecía la basilica de San Pedro, coronada por la cúpula colosal de Miguel Angel; el cielo me parecía sólo la aureola espléndida de aquella cúpula sumergida en la transparencia azul.

A ella me acogi. Entré por quinta ó sexta vez á la gran maravilla del arte cristiano, y oí tranquilo, bajo su bóveda dorada, la misa de acción de gracias. Casi no vi sin embargo á San Pedro esa vez : era que había entrado dentro de mi mismo y sentía que, en la capacidad de mi alma, se movía con holgura la cúpula de la basilica.

Sólo Dios es grande.

Y busqué en seguida asilo para mi día y mi tarde, y mi noche. Y las catacumbas, y la via Apia, y la carcel Mamertina me lo ofrecieron para el primero; y la ruina del gran coloso pagano, del anfiteatro consagrado por la sangre de los mártires, satisfizo, al caer la noche, mi anhelo de grandeza y majestad.

Te contaré algo de todo eso, si puedo, en mis cartas siguientes.

ROMA

Era la *Via Apia*, á la que salgo por la puerta de San Sebastián, un camino que llegaba hasta Albano, muy frecuentado en los tiempos romanos. En sus bordes, á uno y otro lado, y de trecho en trecho, hacían construir sus sepulcros los poderosos. En otros caminos se ven alineadas las sombras de los árboles; aquí se alineaban las sombras de los muertos. Aún se notan, aislados y en ruinas, el sepulcro de los Escipiones, el suntuoso de Cecilia Metella, y algunos otros : son troncos secos de la selva que segó el tiempo.

Por ese mismo camino huía de Roma una vez San Pedro, incitado á ello por sus propios discípulos, que veían en peligro la vida del apóstol en medio á la persecución.

Huía este entre los sepulcros que orlaban el camino, cuando, de improviso, se encontró con un hombre á quien de pronto no reconoció : tenía la frente alta; los ojos garzos y dulces; el cabello, par-

tido sobre la frente, le caía en ondas sobre los hombros como lo usaban los nazarenos; la barba era rubia. Llevaba las manos y los pies taladrados, y caminaba en dirección á Roma, á paso lento, y agobiado por el peso de una cruz de madera que cargaba sobre los hombros.

San Pedro lo reconoció al fin.

— ¡ Señor! exclamó; ¿ á dónde vais?

— *Domine* : ¿ *quo vadis*?

— Voy, contestó el hombre de la cruz, á Roma; á hacerme nuevamente crucificar.

Poco tiempo después, San Pedro recibía en Roma el martirio. Fué condenado á muerte de cruz; pero no se consideró digno de ser crucificado como Aquel á quien había encontrado en la Via Apia, y pidió serlo con la cabeza hacia abajo.

Hoy, en el sitio del encuentro, se levanta una iglesia, y en esta se conservan las losas del antiguo camino, en una de las cuales se ven grabadas las huellas de dos pies taladrados. La tradición reconoce, y la piedad respeta en ellas, las huellas del Redentor.

La iglesia se llama el *quo vadis*.

Debajo de la via Apia, en que ostentaban su grandeza los muertos paganos, está la otra via subterránea, la que era llamada *dormitorio* por los primeros cristianos : allí, bajo la tierra, están las catacumbas.

Penetremos en ellas; bajemos á las de San Ca-

lixto, y recibiremos una impresión extraña, completamente nueva y solemne.

Te aseguro que yo nunca creí que las catacumbas conservaran el carácter que conservan. Parece, al penetrar en ellas, que acaba de entrar la comitiva de los primeros cristianos, que traían oculto el cadáver despedazado de un mártir para darle sepultura, y que pronto vendrá otra comitiva á ocultarse á los ojos de los perseguidores.

Un guía nos acompaña y nos provee de largas cerillas que encendemos al entrar. Se penetra en una cueva abierta en la tierra, y se camina hacia abajo en medio de la obscuridad. El olor á tierra húmeda y la frialdad del aire, causan inevitable impresión de pavor. La cueva tuerce á la izquierda, y sigue larga y negra; después á la derecha y sigue, y sigue, y vuelve á torcer, yo no sé en qué dirección. De repente se ensancha, ocupando un espacio circular.

Francamente, yo me sentía incómodo.

Aquí, dice el guía, está el sepulcro de Santa Cecilia : aquí se colocaba la Santa á alumbrar con una lámpara el camino á los cristianos.

¡ Santa Cecilia! : ¿ Querrás creerme? Sentí que la impresión penosa se aliviaba en mi espíritu; sentí luz.

Allí estaba, efectivamente, el sepulcro. Sobre él habían colocado una maceta de flores.

Yo sentía allí el espíritu de la dulce virgen ciega; recordaba su historia, ante la cual desaparece la hermosura de las Cordelias, y de las Julietas, y las

Ofelias de la leyenda profana. Cecilia es la encarnación de todo lo puro, de todo lo adorable que la poesía puede soñar en la mujer.

¡Y los cadáveres de las Cecílias y de las Ineses poblaron las catacumbas cuyo suelo yo pisaba!

Aquel aire era para mí ya más respirable; aquellas tumbas que me rodeaban, envueltas en la obscuridad, tenían algo menos de sepulcro al convertirse en altares.

Pero estábamos aún muy cerca de la entrada: el plano que pisábamos, que yo creía el fondo de la escavación, queda casi en la superficie.

Seguimos caminando y caminando hacia abajo; parecía que la obscuridad se hacía más densa; delante de los ojos, sólo se veía el punto negro y profundo del agujero que continuaba; alrededor, sombras que se alejaban algo del foco de nuestras cerillas, é iban á amontonarse en los rincones. Sepulcros destapados y vacíos á un lado; cerrados y mudos al otro; abiertos y con su habitante á la vista, en el de más allá. Se ve en éste el blanco esqueleto de un hombre; parece, por sus dimensiones, un joven, acaso un niño.

¿Fué un mártir? ¿Fué traído del circo, despedazado por las fieras?

No puede asegurarse. La Iglesia no ha declarado despojos de mártires, sino aquellos que, sea por la inscripción del sepulcro, sea por los instrumentos de martirio que en este se hallaban, ó por otras

pruebas concluyentes, demostraban que el ser que los animó había sido muerto por odio á Cristo.

Pero aquellos despojos que blanqueaban en la obscuridad, tendidos á lo largo del sepulcro entreabierto, tenían en ese sitio religiosa solemnidad.

Caminábamos, uno detrás de otro, pues en esos callejones no caben dos hombres de frente, cuatro personas en pos del guía. En medio de las sombras, la pequeña luz de las cerillas formaba como una aureola pálida y flotante.

Aquí, decía el guía, hay otra capilla. Era un nuevo ensanche circular del camino; el techo se elevaba en forma de cúpula chata y negra; se alzaba la cerilla del guía para alumbrarlo, y todas las nuestras detrás de la suya como fuegos fatuos movidos por una corriente aérea; las sombras huían á replegarse en los ángulos.

Allí hay un sepulcro abierto y vacío: el cuerpo del pontífice mártir que lo habitó ocupa hoy su gran mausoleo en San Pedro.

En los primitivos tiempos esa tumba era el altar; á su alrededor oraban los primeros cristianos á la luz de sus lámparas de aceite; allí recibían el pan de los fuertes; de allí partían muchas veces á entrar en la inmortalidad gloriosa por la fauces de una fiera.

— ¿Terminan aquí las catacumbas?

— ¡Oh! contestó el guía, esta tiene más de tres leguas de extensión. Por aquí continúa.

Efectivamente : allí donde parecía cerrada la galería, hay un agujero estrecho, un camino que circunda la capilla y se trifurca; sigue hacia el frente, y hacia la izquierda, y hacia atrás, y continúa, siempre angosto y negro, siempre hacia abajo, y siempre con sus paredes tapizadas de sepulcros más ó menos entreabiertos ó cerrados.

El acre olor á humedad es cada vez más fuerte : el frío, acurracado por todas partes, abajo, arriba, en los costados, parece que lo toca á uno desde la obscuridad, y se esconde, para volver á tocarlo de nuevo en la cara, en las piernas, en el cuello, en las puntas de los pies.

Allí se pierde todo rumbo, y una impresión de soledad y extravío, sin vuelta posible á la luz del día, comienza á experimentarse. Parece que las galerías se van tapiando detrás de nosotros con sombras petrificadas á medida que vamos avanzando.

¿ No se extraviará este guía, y, cuando quiera volvernos á la luz, nos hundirá más en la sombra ?

¿ Dónde estará ahora la salida ? ¿ Quién será capaz de encontrarla ?

Esta desatinada idea se clava en la mente cuando uno menos lo espera : al menos á mi se me ofrecía importuna y tenaz.

Mis impresiones se iban haciendo lentas, intermitentes; mis ideas parecía que volteaban, ó que huían como un ejército en derrota, perseguidas por una sóla que las iba matando y apoderándose de mi mente, á pesar de su resistencia: el deseo de

ver otra vez la luz que ya me imaginaba perdida para siempre; de apagar aquella cerilla que llevaba en las manos; de meditar sobre las tumbas, pero fuera de ellas. Ese era el sentimiento vencedor.

Por fin triunfó y volvimos á la luz del día.

¡ Oh! qué hermosa es la luz! La vida, ¡ que hermosa! ¡ El verde de los árboles llenos de sol, el azul del cielo lleno de gloria, la libertad del aire lleno de gérmenes!

¡ Y que esto no baste!

Es que, aun sumergido en la luz, no he salido de las catacumbas, no he salido del *dormitorio*. Dormimos. Estamos en las catacumbas del cielo y, para alumbar los pasos de nuestra alma, el sol es pequeño; necesitamos la lámpara de aceite de allá abajo, la lámpara de Santa Cecilia.

Pero yo no había escarmentado: yo tenía que visitar la cárcel Mamertina, que queda en el camino del Coliseo en que debía pasar la tarde, y bajé á ella.

Ese antro da una idea de lo que eran les antiguas cárceles á que arrojaban á los cristianos. Consta de dos capacidades sobrepuestas. A la superior se entraba por un agujero proyectado en el suelo exterior, que constituye el techo de la prisión; á la inferior se penetraba por otro agujero hecho en el piso de la primera. Se descolgaba al prisionero por medio de una cuerda y allí quedaba.

Son dos sepulcros sobrepuestos á los que descendimos por una escalerilla lateral. Las paredes negras están formadas por la misma roca socabada, y cerrada por una tosca construcción de piedra. En uno de los lados, en el que da sobre el Tiber, se ve una especie de ventanal cerrado por una gruesa placa de hierro; por él se supone que arrojaban al río los cadáveres de los prisioneros que sucumbían.

Allí, en la cueva inferior, que fué cárcel de Yurgurta, estuvieron ocho meses presos los apóstoles Pedro y Pablo; allí se conserva y se venera la columna á que el primero estuvo atado durante su prisión; y allí, por fin, está la fuente que el príncipe de los apóstoles hizo brotar milagrosamente para administrar el bautismo á sus compañeros de prisión, á quienes había convertido á la fé de Cristo.

Tengo una grande impresión de la cárcel Mamertina; es un monumento de soberana hermosura. Mi pensamiento bajará muchas veces á ella en el transcurso de mi vida.

ROMA

Imaginate un espacio del mar, una gran playa ó bahía en que la tempestad ha sumergido una flota de barcos colosales. Pasada la borrasca, el mar recobra su sereno movimiento y su color habituales; el borde blanco de la ola rueda sobre la superficie azul, y va á desenvolverse, rompiendo sus burbujas, en la arena. Pero un mástil escueto y triste que se alza aquí como el brazo crispado de alguno que se ahoga, ó una punta que asoma allá, acariciada por la ola que anda en su torno, ó tres ó cuatro vergas cruzadas que, mas allá, se inclinan sobre el agua de cuyo seno surgen, revelan que allí, en el fondo del agua en calma, yace la ciudad flotante muerta.

Otros barcos nuevos, sobre las ruinas de esta, fondean y viven, zurcan tranquilos el mar, despliegan sus velas blancas al aire bonancible.

Se me antoja que la Roma moderna es la flota nueva que ha echado el ancla en el sitio en que los

vestigios de la antigua sacan aquí y allá sus brazos de esqueleto desde el fondo de la tierra en que la hundió el tiempo. Esa es, al menos, la impresión que se me despierta cuando, al recorrer las calles modernas de esta ciudad, veo salir de la tierra, ya la columna escueta del *Foro Trajano*, rodeada de fustes de columnas rotas; ya, en el otro lado, los arcos medio tumbados y enormes de las termas de Caracalla; ora la pirámide de Cayo Cestio, al dirigirme á la basilica de San Pablo; ora, á orillas del Tiber y yendo al Vaticano, la mole Adriana. La ciudad moderna está como amarrada á esas ruinas, incrustada en ellas muchas veces, anidada entre ellas. Ya se ve una iglesia cristiana que ha utilizado el antiguo frontón greco-romano de un templo de Júpiter ó de Augusto; ya una oficina pública que tiene aun como soporte de uno de sus lados una colosal columnata corintia con su antiguo arquitrabe de piedra y los intercolumnios cerrados por los nuevos muros; ya una estatua de San Pedro ó San Pablo que se ha posado en la punta de una columna conmemorativa de las victorias de un César, como una ave marina gigante y negra, que se ha detenido á descansar en el mástil de un barco sumergido.

Salgo de la carcel Mamertina en dirección del Coliseo, descendiendo por el monte Capitolino entre las calles angostas de la ciudad moderna, é inmediatamente me encuentro con el núcleo prin-

cipal de las antiguas ruinas, con el gran espacio que, comenzando en el arco de Septimio Severo, termina allá á lo lejos en el Coliseo.

Todo ese depósito de ruinas está seis ú ocho metros más bajo que el nivel de la ciudad, si bien rodeado por las calles y edificios de ésta.

Era ese terreno una hondonada formada por los declives de algunas de las colinas sobre las que se extendía la antigua Roma: el monte *Capitolino*, que dejamos á nuestra espalda, hoy completamente ocupado por las calles modernas; el *Palatino* y el *Esquilino*, que vemos á nuestra izquierda y á nuestra derecha respectivamente, poblados de ruinas; y el monte *Celio*, allá en el fondo. En el centro de esa hondonada existió un lago que fué desecado; y, en su lugar, así como en los declives de las colinas que á él convergen, se edificaron los más grandes y memorables edificios de Roma. Cruzo por entre sus ruinas, desde el *Foro* hasta el *Coliseo*, pasando bajo los arcos de triunfo de Septimio Severo y de Tito, que se atraviesan en la calle ó avenida central, y al través de los cuales se ve siempre, allá en el fondo, la mole redonda del Coliseo.

Todas esas grandes construcciones fueron arruinadas; todas fueron convertidas en un montón de escombros. Y los siglos hicieron llover sus horas y sus años sobre ellos, colmando casi por completo la hondonada comprendida entre las cuatro colinas. Y todo se transformó en un gran depósito de inmundicias, cuyo nivel fué subiendo, subiendo,

hasta dejar completamente sepultadas las ruinas colosales de Roma. Y sobre todo eso creció la yerba.

Ese campo se llamó mucho tiempo *Campo Vaccino* (campo de las vacas) ó porque en él pastaron los ganados, ó porque sirvió de feria ó mercado de bestias, ó no sé por qué.

Se excavó por fin, ese terreno; y las ruinas, como los escollos á medida que va bajando el mar, fueron, poco á poco, sacando de nuevo las tristes cabezas destrozadas á la luz del día, en medio de las escorias de veinte siglos

Ahi están; su aspecto es soberano y sugestivo: es esto un osario de gigantes en el que uno siente muy pequeños sus propios huesos. No te las describiré en detalle; cruzo por entre ellas en dirección al Coliseo que se ve allá en el fondo y donde busco mi noche. El arco de triunfo de Septimio Severo está á mi lado: lo miro de arriba abajo largo rato, ando á su alrededor. Está roto, agrietado; sus mármoles son negruzcos. ¡Cuánto se ha hecho por destruirlo! ¡Acaso más que por construirlo! Tiene golpes por todos lados, agujeros, bajo-relieves sin cabeza, cornisamentos rotos, columnas truncas, chapiteles rapados, inscripciones borradas. Los hombres lo han mordido como fieras, los años lo han roído como ratones, poco á poco, pero sin cesar. Y ahi está, sin embargo. Es más hermoso, sin duda, que cuando sus mármoles brillaban; tiene la grandeza de un símbolo; la solemne majestad del estrago.

Alli enfrente, en la misma dirección, se alza el arco de Tito, esbelto y vivo al parecer. Es que de dondè yo lo miro no se le ven las heridas; y la línea greco-romana invulnerable, hija de la gravedad y del reposo, es lo que constituye su belleza. La belleza arquitectónica griega estaba hasta en los huesos de las construcciones: el alma y la vida estaban hasta en los tuétanos de la piedra.

El suelo está cubierto por todas partes, hasta donde alcanza la vista, de fragmentos de columnas, chapiteles que cayeron de su alto fuste como penachos de palmeras tronchadas cuyo tronco seco queda en pie, miembros de estatuas, pedazos de frisos con bajorelieves.

Dos columnas solas, como dos huérfanas que sobreviven de una larga y hermosa familia, están ahi de pie, la una al lado de la otra, desnudas, ateridas. Siete ú ocho se levantan mas allá sobre sus bases áticas, recortando en el cielo sus tristes cabezas jónicas ó corintias, cabezas que fueron bellas y hoy son frias calaveras de piedra, ovarios secos de flores deshojadas. Sobre los chapiteles corre aún, uniendo la hilera de columnas, un largo pedazo de arquitrabe, y sobre este se apoyan algunos trozos de cornisamento y de construcción que se diria van á caer. Parecen pedazos de carne momificada entre las costillas de un esqueleto. Series de columnas, que no alzan más de un metro, determinan más allá el sitio en que existió otro templo, otro pórtico ó atrio de nombre resonante: templo de la Concordia y de Vespasiano, atrio de